



Revista de Historia Indígena Nº2
Departamento de Ciencias Históricas
Universidad de Chile

EL AVANCE DE LA HISTORIA FRONTERIZA

Sergio Villalobos R.
Departamento de Ciencias Históricas. Universidad de Chile

En los años más recientes se ha desencadenado entre los antropólogos la tendencia a plantear como relaciones interétnicas el choque de los dominadores españoles y chilenos con los indígenas de la Araucanía¹. Desaparecen así conceptos como el de conquista, dominación y principalmente el de frontera o historia fronteriza. Se quiere desconocer que, en definitiva, venciendo la cultura occidental se impuso al *admapu* y que la historia abrió su cauce sin importarle obstáculos momentáneos. Según los estudiosos del pueblo araucano, éste no ha sido vencido, su lucha prosigue y hay que ayudarlo sacando del pasado cuanto pueda ser útil en la brega.

Debemos aclarar que no nos oponemos de ninguna manera a que se haga cuanto sea posible para sacar a los indígenas de la postración económica y cultural en que se debaten, pero nos resistimos a que la historia sea deformada para constituir una plataforma de lucha. Que esto quede bien claro, porque después suelen aparecer investigadores que tergiversan las palabras o no las entienden.

Dentro de la perspectiva mayor de la historia, la lucha o las relaciones pacíficas en la Araucanía son fenómenos fronterizos, ocurridos en la periferia de la historia

¹ Por razones de buen estilo, agrupamos bajo el nombre de antropología a la arqueología, etnología, etnohistoria y etnografía. Reconocemos que es una posición un tanto abusiva, pero evita hacer la enumeración a cada paso. También por razones de estilo, en nuestros libros solemos emplear los términos de nativo, natural, aborigen e indio para referirnos a los indígenas, aun cuando esos vocablos tradicionalmente han estado cargados de cierto sentido despectivo. En rigor semántico no es así.

mundial y que se presentan en la expansión de la cultura occidental como un hecho menor, una perturbación momentánea que careció de trascendencia. Aún dentro de la historia del país, es un fenómeno más, que se entiende fundamentalmente desde el ángulo de una historia nacional, de un territorio mucho mayor y de una colectividad también mucho mayor que ha vivido procesos económicos, sociales, culturales y políticos de gran significado en su trayecto. La gran fuerza histórica está ahí.

Los sucesos de la Araucanía fueron hechos fronterizos de esa historia.

Hace años, en un ensayo que titulamos *Conformación histórica del centralismo* sostuvimos la hipótesis de que aun cuando hubo una incorporación sucesiva de regiones desde la Conquista, el centro del país, desbordado hacia aquellos ámbitos, había impuesto su sello en todo orden de cosas².

Denominar como relaciones interétnicas a los sucesos de la Frontera es un despropósito que sólo puede explicarse por el entusiasmo de los antropólogos con su objeto de estudio, el comprensible deseo de valorizar su disciplina y las actividades político-intelectuales de ellos mismos.

Es legítimo hablar de contactos interétnicos entre «etnias», que son agrupaciones humanas de culturas menos desenvueltas, como pueden ser, a título de ejemplo, aimaras, diaguitas, araucanos, pehuenches, atacameños, incas, etc., etc. Pero emplear el término para referirse al roce de naciones altamente evolucionadas como la española y la chilena -aunque sea con sus elementos más rudos- con el pueblo mapuche o cualquier otro, resulta un equilibrio forzado. Es poner tejos de plomo en el platillo del algodón para equipararlo con el platillo del cobre.

Existe una historia nacional, de una colectividad compuesta por blancos y mestizos, constituida en Estado desde que llegaron Valdivia y sus hombres, que se ha impuesto a los grupos autóctonos y ha marcado un destino de manera sólida, violentando realidades locales menores. Hay culturas y naciones que han marcado el rumbo de la humanidad, aplastando, dejando de lado o asimilando a las etnias. No hay duda de que es un hecho doloroso, que llega a indignar, pero no hay escapatoria. Los vencedores han hecho la historia. Y esa es la historia en que hay que poner el énfasis, porque al fin y al cabo representa el sentido evolutivo y es la que llega hasta nosotros, explicando una trayectoria continua y exitosa en sus grandes líneas.

Entendamos que las tribus de la Galia -unas etnias belicosas y sin unidad política- fueron dominadas por Roma y que este hecho señaló el destino histórico, que a través de muchas vicisitudes, conformó la historia de Francia y fue un aporte

² En *La Regionalización* (1988), Luz Bulnes, Maximiano Errázuriz y otros.

esencial en el rumbo de occidente y su cultura. Los galos eran agrupaciones étnicas, pero no hay razón alguna para considerar a Roma como otra etnia y pensar que la historia fronteriza de entonces fuese más bien una relación interétnica. Sería poner a Julio César con sus *Comentarios*, las disciplinadas legiones y la cultura latina, al mismo nivel de Vercingetorix, sus druidas y sus bandas anárquicas, que carecían de escritura y aun practicaban los sacrificios humanos.

Considerar como etnia al pueblo romano, que dominó de España a Armenia, de Inglaterra a Egipto, dueño del Mediterráneo, creador del latín y de formas superiores del derecho, forjador de una arquitectura y de un arte de gran influencia, que tuvo figuras como Cicerón, Marco Aurelio, Séneca y tantas otras, sería una enormidad.

Pero es indudable que hay que estudiar a los galos, comprender su lucha y su escaso aporte a los orígenes de la Francia, sin constituirlos, ni siquiera en su momento de mayor éxito, en pivote de la historia.

Similar es el caso de hispanocriollos y araucanos, en circunstancias mucho más modestas.

No desdeñamos en ningún momento el estudio de la historia del pueblo araucano y en todos sus complejos elementos y dinámica. Aunque jamás hay que perder la perspectiva mayor, porque si no todo se deforma y se sitúa fuera de lugar, como en un cuadro surrealista.

Debemos reconocer que hay una historia dominante, dentro de la cual está la historia fronteriza, y que hay otras historias más restringidas, que afluyen a ella con menos vigor, pese al entusiasmo de sus estudiosos. El mejor ejemplo es nuestro propio libro *Los pehuenches en la vida fronteriza*.

Por todas las razones expuestas, nos parece que propalar el concepto de «relaciones interétnicas» es perder el sentido fundamental, extraviar el criterio y caer en cierta ingenuidad.

¿Será necesario recalcar que sólo nos oponemos a la expresión «relaciones interétnicas» y no al estudio de las reacciones, cambios, adaptación y sufrimientos de la etnia araucana? Esa tarea, sin embargo, corresponde a antropólogos y etnohistoriadores, poseedores de herramientas de precisión, y no a los investigadores de la historia. Esa es la razón por la cual en nuestros estudios fronterizos nos hemos limitado a los aspectos más gruesos de la realidad indígena y su dinámica. Por honradez intelectual no podíamos hacer otra cosa. Es superflua, en consecuencia, la crítica verbal que en alguna ocasión se nos ha hecho de no haber penetrado con decisión al otro lado del Biobío.

La tendencia indigenista, con todo lo que tiene de anímico y político, ha comenzado a traspasar a la antropología, deteriorando el rigor científico. Como actitud, tiene todas las características del fenómeno sociológico *in side* y sus componentes son *in sider* o iniciados. Hablan un mismo lenguaje, tienen sus propias reglas, poseen un saber críptico, usan neologismos o términos extraños reñidos con el idioma común, recelan de los *out siders*, tienen sus cábalas y refuerzan sus ideas hasta deformarlas a consecuencia de conversar entre ellos y de entusiasmarse mutuamente.

No faltará quien diga que menospreciamos a los antropólogos y por eso nos pondremos el parche antes de la herida. Tenemos aprecio por ellos y una amistad ejemplar con arqueólogos, etnohistoriadores y otros especialistas consumados. Mientras estuvimos al frente de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, entregamos el más decidido apoyo a los antropólogos y estimulamos las investigaciones y publicaciones en el área. Como si fuese poco, el año 1994 sostuvimos que el Premio Nacional de Historia también debía incluir a la antropología, como se concretó dicho año al otorgarlo a un especialista en la materia, con la consiguiente indignación del grupo historiográfico, presto a defender su territorio.

Efectuado este resguardo, proseguimos con nuestra idea.

Hace un buen número de años, en Lima, en una de esas ferias intelectuales que son los congresos de americanistas, nos tocó presenciar la ceremonia inaugural y escuchar el discurso en lengua quechua de un investigador de cierta universidad de frontera (porque también hay universidades fronterizas). Al terminar, sobrevino un estallido impresionante de aplausos. Más tarde pudimos comprobar que fuera de tres o cuatro concurrentes, nadie entendía el idioma del *amauta*.

Algunos hechos ocurridos en nuestro medio me han traído el recuerdo del episodio limeño. De vez en cuando, algún entusiasta indigenista se refiere a sí mismo como *huinka* o designa de esa manera a cualquier congénere que no sea araucano. Está claro que de ese modo se mimetiza con el mundo indígena, se hace parte de él, reniega de su procedencia y busca la comprensión de los nativos. Dudo, sin embargo, de que conozcan realmente el *mapudungú*. Quizás no saben más de una docena de vocablos.

Ocurre, también, que al redactar sus trabajos, los investigadores indigenistas emplean la expresión «los mapuche», especie de injerto gramatical inadecuado para los dos idiomas. El plural araucano sería *pu mapuche*, que no suena muy bonito, y más extraño «los *pu mapuche*».

En castellano, por regla elemental de la sintaxis, el artículo plural definido requiere sustantivo terminado en letra ese. En verdad, la disyuntiva es escribir en castellano el *mapudungú*, que por no ser una lengua con escritura, obligaría a recurrir

a la expresión ortográfica del idioma dominante.

El problema es más simple de lo que parece si se dejan de lado quisquillosidades. La lengua de Cervantes admite como propios los vocablos extraños usados ordinariamente por largo tiempo y en ese caso se comportan igual que los términos castellanos. No hay, pues, ningún inconveniente para emplear la palabra «mapuches». Así se evitan incongruencias que violentan la lógica y la buena lectura.

En estas materias no hay que tener complejos. Debe usarse en plenitud y con todas sus reglas al idioma altamente elaborado en lugar de refugiarse en palabras aisladas de un habla moribunda.

A mayor abundamiento, no hay que olvidar que la filología ha determinado que en las regiones de profundo mestizaje aparecen vocablos mestizos, cuya persistencia les convierte en moneda de uso corriente. En el norte de nuestro país, allí donde el castellano se superpuso al quechua, encontramos familias enteras de palabras mestizas descendientes de un antepasado común. Del término aborigen *palla* o *pallaco*, que es el resto metálico disperso en los desmontes de las minas, se originaron las siguientes palabras: *pallaqueana*, sector de una mina en que es permitido extraer *pallacos*; *pallaqueador*, persona dedicada a sacar *pallacos*; *pallaqueo*, acción de extraer *palla*. También nacieron los mellizos *pallar* y *pallaquear*, que significan sacar *palla*.

No puede negarse que el rostro de esas criaturas acusa la sangre mezclada. Sería inútil intentar la cirugía estética.

Tememos que si un indigenista diese en una pequeña mina nortina y se empeñase en incluir en su lenguaje algunos de los mencionados términos, pero de acuerdo con las más estrictas reglas quechuas, difícilmente se daría a entender.

Es dable pensar, por otra parte, que los indigenistas ignoran que en su hablar diario emplean palabras aborígenes tales como pampa, cancha, huincha, callampa, cochayuyo, luce, loco (marisco), pana, poto, carpa, pichín, concho, etc., y que las hacen derivar conforme las reglas del castellano. No hay duda de que a partir de guata hacen derivar guatas, guatita, guatón y guatero.

Agreguemos que en sentido contrario, el *mapudungú*, también ha adquirido palabras del castellano, como *horai* (hora), *kawellu* (caballo), *patiru* (padre o sacerdote) y *turanzo* (durazno). También aparecen en su vocabulario injertos como *Mesamáhuída* (cerro con cumbre plana, a manera de mesa), *Malalkawellú* (corral de caballos) y *Huachipato* (cazar patos con trampas).

La historia tiene sus complejidades y su método riguroso, no ajeno al humanismo en el caso de la lengua, y así como el investigador de ella no puede entrar con

seguridad al terreno de la antropología, tampoco el antropólogo ni el indigenista pueden entrar desprevenidos a las arenas movedizas de la historiografía.

En el primer número de esta revista, los señores Rolf Foerster y Jorge Iván Vergara publicaron un artículo titulado *¿Relaciones interétnicas o relaciones fronterizas?*, referente a las diversas publicaciones que hemos efectuado sobre la Araucanía y el contacto histórico. Como un primer paso, los señores Foerster y Vergara anotan de manera aparentemente minuciosa algunas contradicciones en que habríamos caído, que son más imaginarias que reales; aunque debemos reconocer que en ciertos casos fuimos un tanto ambiguos. Cumple, entonces, aclarar conceptos.

Afirman nuestros contradictores que en varios lugares rechazamos las teorías como base de interpretación de los fenómenos históricos y que, por otra parte, acudimos a generalizaciones que tienen tono teórico. Ello es así en caso de ponerse en posiciones epistemológicas inflexibles; pero lo es mucho menos si analizamos el punto desde dos ángulos colindantes.

Por una parte, nos parece que las teorías en ciencias humanas suelen estar impregnadas de teorías políticas y filosóficas, que perturban la aproximación a los hechos positivos, dando por resultado tergiversaciones explícitas o sutiles. El límite entre ambas situaciones es difícil de distinguir y de ahí el recelo que nos causa la visión *a priori* de las teorías.

Por otra parte, los atisbos teóricos que aparecen en algunos de nuestros escritos no pasan de ser abstracciones de carácter muy general, que no pueden obstruir el acceso a los hechos concretos y sólo incomodan a los espíritus muy sensibles.

Creemos que las concepciones deductivas y las inductivas forman una continuidad, en que cada una enriquece a la otra, como ha puntualizado claramente Popper. No obstante, en un estudio específico han de primar los hechos concretos, coincidan o no con las visiones teóricas. Entendemos como tal al positivismo, que causa horror en los intelectuales, porque suelen ignorar que para dicha tendencia el estudio «objetivo» es sólo una primera etapa que debe ser seguida por la abstracción, generalización e interpretación, es decir, las bases de una teorización. Y esta proyección es tan importante, que para Comte desemboca nada menos que en la «religión de la humanidad». ¿No está teorizando el pensador francés cuando en uno de sus postulados básicos afirma que el pensamiento humano ha pasado por una etapa teológica, otra metafísica y finalmente la positiva? ¿Es teorizar o no, proponer que hay leyes que rigen el comportamiento de la sociedad y que esa es la base que permite fundamentar la sociología? Para decir claramente las cosas, el positivismo para establecer sus postulados descansó en análisis altamente especulativos.

Reconocer que las teorías y hasta las experiencias personales ayudan a

ordenar, enfocar e interpretar los objetos de estudio, es obvio, pero al mismo tiempo deben considerarse como un peligro si se cae en obsesiones «científicas» o de otro tipo.

Si convenimos en que una teoría es un conjunto de conceptos sistemáticos que estructuran la interpretación de la realidad o un sector de ella, estaremos de acuerdo en que las partes deben guardar coherencia y ser necesarias. Lo fortuito y las excepciones quedan descartadas en la urdimbre lógica e ideal.

Dado ese pie forzado, esa categoría esencial es grave tratándose de las cosas humanas, sea desde el punto de vista de la filosofía, la política, la historia y aún del análisis de alguna realidad muy circunscrita y temporal. Cuando la teoría ilumina una ideología de manera total y se trata de actuar sobre la realidad -política activa- se llega a situaciones catastróficas.

Los hechos muestran que ninguna teoría ha probado íntegramente su certeza y que en la perspectiva histórica se han sucedido unas a otras o sólo han quedado algunos de sus planteamientos, sumiéndose en la relatividad o adaptándose bajo el influjo de otras teorías.

La teoría de la evolución no ha podido quedar incólume desde los planteamientos de Darwin y Wallace. En la comprensión del cosmos, que tanto fascina y angustia al hombre, se ha pasado por el geocentrismo, el heliocentrismo, la gravitación universal y el Big-Bang y cada día hay un hallazgo que modifica las nociones siderales. Pero ello no quiere decir que la Tierra no gire en torno al Sol y que éste no rote junto con la Vía Láctea. Son las condiciones de totalidad y «necesidad» lo que falla en las teorías.

Pasando al campo del hombre, criatura compleja y difícil de aprehender, las teorías acentúan su carácter controvertible y efímero y sin embargo pasan a ser ideologías que fascinan a personajes y masas.

Parece razonable que frente a las teorías debe haber prudencia y que cuando se aplican al análisis de los hechos humanos no es conveniente la adhesión rígida a ninguna de ellas. Siempre serán los hechos los que digan la última palabra.

En relación con la etnología, la etnografía, la etnohistoria y la historia, el pensamiento teórico es necesariamente limitado, porque esas disciplinas estudian lo particular y no lo general, no pueden traducirse en leyes de la manera como lo han pretendido las ciencias naturales. Vale decir, los hechos específicos están limitados a sí mismos; aunque ello no quiere decir que no participen de algunas líneas de lo general. Debido a esa situación tan peculiar, es que las teorías hay que utilizarlas con prudencia. La fascinación de ellas y su hermosura no pueden competir con los fenómenos concretos, prosaicos y burdos.

En *Los pehuenches en la vida fronteriza*, páginas iniciales, planteamos con claridad esta cuestión, cuya consideración adecuada habría permitido a Foerster y Vergara comprender la flexibilidad de nuestras ideas en lugar de supuestas contradicciones:

«Existe una disyuntiva no resuelta entre el uso de la generalidad y la singularidad. ¿Es que los hechos humanos son uniformes y poseen, por lo tanto, un alto grado de generalidad que permite al investigador analizarlos, clasificarlos y obtener conclusiones referidas a un cuadro absolutamente coherente? ¿O más bien son hechos singulares, que ocurrieron bajo circunstancias únicas y que nunca se han repetido, en sentido estricto, en ningún lugar?

«Este viejo problema ha sido largamente debatido en la historia y pensamos que se presenta igualmente en el estudio de la prehistoria, que no es más que un tramo inicial del rumbo humano. Es posible que la solución no se encuentre de manera definitiva en la generalidad ni en la singularidad, por más que la mente desee conclusiones absolutas.

«Todos los hechos participan de algún grado de generalidad y también de singularidad, de suerte que con buen tino se puede establecer una dosificación adecuada en cada caso. Empleando el método deductivo, lo general ayuda a percibir características y tendencias y estimula la interpretación, mientras lo singular, que obliga a la consideración realista del caso, lleva al estudio de los hechos concretos y a la fundamentación más objetiva. Así, los porfiados hechos son ineludibles y determinan las conclusiones, quepan o no las abstracciones en uso. Pero también es cierto que la inducción no se cierra en sí misma y que de alguna manera trasciende al campo de lo general, formándose de tal manera un circuito sin comienzo ni fin»³

Personalmente, creemos que las obras teóricas deben leerse, meditarse y luego echarlas al bolsillo de manera despreocupada. Sin embargo, sus sugerencias quedan en nosotros; cuando enfrentamos un estudio de hechos concretos, el pensamiento teórico aparecerá por sí mismo, sin forzarlo e iluminará los hechos si se justifica. Otra actitud sería no pensar por sí mismo, depender de los libros y transformarse en investigadores librescos, de poca originalidad.

La propia experiencia del investigador es la más auténtica, porque desde ella puede ver si las teorías calzan o no. En lo personal, siempre hemos desconfiado de quienes tienen el prurito de desenfundar libros contundentes para sustentar sus argumentos, porque los vemos incapaces de valerse por sí mismos.

El investigador sabe más por viejo que por lector. Dicho de otra manera, las lecturas quedan atrás, junto con las obsesiones que limitan el vuelo de su pensamiento.

³ Villalobos, *Los pehuenches en la vida fronteriza*. Págs. 13 a 14.

La materia que nos ocupa es un buen ejemplo. Bastaba leer el informe de José Perfecto de Salas sobre su viaje por la Araucanía y unos cuantos párrafos de los cronistas, para que la existencia de una vida fronteriza resaltase a ojos vista. No era necesario estar premunido de un aparataje teórico para comprender el alcance del fenómeno.

Por lo demás, lo que la historia fronteriza pueda tener de teórico es muy poco. Apenas pasa del carácter comparativo y de unas cuantas generalizaciones que no son necesariamente aplicables a todos los casos.

Es por esta serie de razones que en nuestras obras aparecen en algunas páginas referencias a principios teóricos junto con la más decidida profesión de fe en los hechos positivos, concretos, reales o como quiera llamárselos. No se trata de contradicciones salidas por descuido.

Otro tema en que Foerster y Vergara nos traen y nos llevan es en lo relativo a la guerra y la paz.

Para empezar, digamos que con claridad meridiana hemos planteado en *Tres siglos y medio de vida fronteriza* que la guerra y las relaciones no violentas se entrelazan desde el primer momento: «en una primera etapa y quizás por mucho tiempo, predomina la lucha con su secuela de antagonismo, odio y crueldad; pero inevitablemente se produce un acercamiento y asimilación a merced de la curiosidad y las necesidades mutuas. Aun cuando la espectacularidad de la lucha y la grandilocuencia de la épica parecieran llenar el cuadro, hay un mundo silencioso que surge del contacto y que en definitiva es lo único que queda»⁴.

Por otra parte, hemos insistido hasta la saciedad que en una segunda etapa el predominio de la paz no descarta la ocurrencia esporádica de acciones violentas, sino que es solamente eso: predominio.

Como ocurriese que muchas personas no creyesen en nuestras afirmaciones, elaboramos el artículo *Guerra y paz en la Araucanía: periodificación*, en que nos propusimos, mediante un recuento minucioso, señalar realidades concretas⁵.

Según el método histórico, la periodificación, para que sea válida, debe atender a la esencia de los fenómenos de una época, de modo que lo distintivo resalte. No se define un período entrando en sus detalles, aunque estos pueden ser objeto de infinitas monografías.

⁴ Villalobos y otros, *Relaciones fronterizas en la Araucanía*, pág. 34.

⁵ En S. Villalobos R. y Jorge Pinto R., *Araucanía. Temas de historia fronteriza*

Sólo de esa manera los grandes procesos históricos se hacen comprensibles. En caso contrario, se cae en infinidad de acontecimientos variados y sin hilvanar, muy cercanos a *l'histoire événementielle*.

Pongamos un gran ejemplo de la gran historia. La expansión capitalista que quebró el mundo feudal es definitiva para una época, sin lo cual no entenderíamos el mundo moderno. Y sin embargo, en muchos rincones de Europa, las formas medievales de la economía sobrevivieron por largo tiempo. Hasta la segunda mitad del siglo XIX los nobles alemanes cobraban peaje a los cargamentos que se desplazaban por sus caminos y el Rhin. No obstante, el fenómeno realmente importante y significativo es la llegada de la Revolución Industrial a los territorios germánicos.

Foerster y Vergara, empapados en teorías y especulaciones, plantean que de acuerdo a algunos tratadistas no es posible distinguir entre guerra y paz, porque ambas categorías forman una continuidad, en que una prefigura a la otra. Similares apreciaciones, agregando otros autores, presenta el señor Guillaume Bocca muy brevemente en *Dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza chilena del siglo XVI al XVIII*⁶.

La posición parte del Leviatán de Hobbes, que desde que Marshall Sahlins lo utilizase como base de análisis, ha hecho fortuna en la antropología. Con todo, hay que preguntarse cual es la validez de un autor de comienzos del siglo XVII para abordar una realidad concreta. No es que un pensador antiguo no pueda arrojar luz en estudios de hoy día, sino que en el caso de Hobbes, como en el de Locke o Rousseau, solamente aparecen especulaciones lógicas, como paradójicamente lo reconocen Foerster y Vergara, y que forman una cadena que llega a fines del siglo XIX con los llamados «sistemas generales», teorías o cuadros explicativos con fuerte dosis de imaginación, que las ciencias sociales modernas miran con desdén.

De aceptar las nociones de nuestros contradictores, al ser tenue la línea que separa a la guerra y la paz, después de quemar la novela de Tolstoi, sería imposible contrastar los períodos en que dos naciones o dos colectividades están o no efectuando hostilidades.

Una vez más se trata de lo esencial, sin lo cual no se pueden distinguir claramente los fenómenos e interpretarlos. Deben trazarse líneas de demarcación para ordenar los hechos y percibir su orientación.

Tratándose de fenómenos de orden social, muchas veces no coincidentes con lo político y militar, no dudamos de que no se puede ser tajante y de que en la paz se gesta la guerra y que después del cese de las hostilidades, la lucha, ya superada, se prolonga en actitudes contrarias y recelos colectivos.

⁶ *Del discurso colonial al proindigenismo* (Temuco, 1996) de varios autores.

Digamos que después de la lucha sigue una situación muy tensa y, en el caso que nos ocupa, hay una guerra latente. En *Tres siglos y medios de vida fronteriza* ya podía entenderse nuestro planteamiento de esa manera: «Se inicia, entonces [mediados del XVII], la etapa de *apaciguamiento*, que se consolidaría en el siglo y medio de vida colonial que aun restaba... Dentro de una *concepción amplia*, deja de haber guerra, que es reemplazada por las relaciones pacíficas».

En *Guerra y paz en la Araucanía* afirmamos que nuestra hipótesis no descarta la ocurrencia de choques bélicos cada cierto tiempo, ni tampoco la existencia de un clima de violencia en las relaciones pacíficas». En esa misma obra, uno de los capítulos se titula «*Predominio de la paz*» y en él se encuentra el siguiente párrafo:

«Las relaciones fronterizas durante el reinado de la paz no descartan la existencia de la violencia, que tenía expresiones tan duras como el crimen y el robo; pero que constituían hechos aislados y eventuales, protagonizados por los individuos o pequeños grupos, como puede ocurrir en tiempos perfectamente normales. En este caso, la violencia se generaba por la penetración misma de las dos comunidades, teniendo como fondo un ambiente complejo de sospechas, odios, recriminaciones y desprecio... En esa situación pesaban no solamente cuestiones específicas, sino todo el acervo de resentimiento colectivo generado por la guerra de los inicios y los crímenes y abusos permanentes».

Más claro imposible: hay predominio de la paz, sin que dejen de ocurrir choques armados cada 10, 20, 30 ó 40 años que a lo más permiten hablar de un conflicto latente.

Si Foerster y Vergara hubiesen leído con detenimiento nuestros trabajos, habrían comprendido que su posición -Hobbes incluido- estaba muy cerca de la nuestra.

Deseosos de dar solidez a su construcción, Foerster y Vergara escriben: «el concepto mismo de relaciones fronterizas es limitado. Primero, porque supone la existencia física de una frontera; segundo, y como consecuencia de lo anterior, por limitarse temporalmente al período en el cual dicha frontera se mantuvo. Por último, porque el concepto señalado prejuzga de antemano el sentido de la relación hacia la incorporación progresiva de los mapuches en la sociedad hispano-criolla. La noción propuesta de relaciones interétnicas está libre de estos supuestos. En relación a lo temporal, porque las relaciones interétnicas comienzan desde la misma llegada del español y aún no concluyen, en cambio las relaciones fronterizas sólo se establecen de forma sistemática desde mediados del siglo XVII y finalizan en las últimas décadas del siglo XIX». Sobre la duración de la frontera traen a cuenta la opinión coincidente de Jorge Pinto, compartiendo la equivocación.

En el mismo orden, los errores de Foerster y Vergara son los que siguen.

Primero, las relaciones fronterizas no suponen la existencia física de una línea de frontera, sino que la frontera es un amplio espacio donde se produce el contacto de una nación y una etnia; digamos, *grosso modo*, desde el Itata al seno de Reloncaví. El hecho de que en un momento se marque una frontera no significa que ella no sea traspasada en ambos sentidos por toda clase de roces e influencias.

Es incomprensible la interpretación de Foerster y Vergara, en cuanto nuestra primera obra sobre el tema se titula *Tres siglos y medios de vida fronteriza* y su portada de ingreso es el recuerdo de la expedición de Almagro y la batalla de Reinohuelén. En ese frontispicio puede leerse que «desde aquel momento y hasta el 1º de enero de 1883, durante trescientos cuarentaisiete años, se mantuvo el roce fronterizo con intensidad y características variables». Sólo deberíamos agregar, hoy día, que la vida fronteriza continuó algunos años más en un rápido declinar.

Sería sonrojante y fatigoso especificar todas las veces que nos hemos referido a la existencia de vínculos de intercambio, mestizaje y transculturación, hubiese guerra o no.

Bien decíamos que el escrito de Foerster y Vergara es aparentemente minucioso.

Segundo error. Estiman nuestros autores que el concepto de historia fronteriza supone la incorporación progresiva de los mapuches, que no les gusta nada. Pensamos que así es efectivamente, que los araucanos, a través de los siglos, se mezclaron con los blancos, hasta constituir una población esencialmente mestiza, que adaptaron su economía para producir excedentes y que modificaron su cultura. Ese proceso fue gradual y no lo puede negar nadie que haya pasado por la Araucanía aunque haya sido a la ligera. Otra cosa es que algunos antropólogos no quieran ver lo que es obvio. Los trabajos de C. Munizaga, Faron, Stuchlik y C. Aldunate, entre otros, son pruebas más que suficientes sobre diversos rasgos de las modificaciones.

No significa lo anterior que no haya habido una existencia indígena propia, que hasta ahora llega en su declinar, y que es digna de estudio. Si nosotros no lo hemos hecho ha sido porque no tenemos los conocimientos antropológicos adecuados y porque estamos ocupados de la historia dominante. *Los pehuenches en la vida fronteriza* fue una incursión parcial en una etnia vecina a los araucanos.

Además de los aspectos sustanciales, en el artículo de Foerster y Vergara hay algunos puntos dispersos que merecen una rectificación de paso.

En la página 11, nota 6, en relación con el momento económico en que se inicia la integración final de la Araucanía, década de 1860, remiten al aporte de Jorge Pinto en *Crisis económica y expansión territorial: la ocupación de la Araucanía en la segunda mitad*

del siglo XIX⁷. La materia ya había sido señalada por nosotros en *Tres siglos y medios de vida fronteriza*, aunque es cierto que Pinto, sin mencionarnos, agrega mayores antecedentes, no siempre convincentes. La tesis de Pinto, contrariamente al título, se contrae únicamente a la crisis de 1857 a 1861, que habría sido uno de los factores que dio comienzo a la ocupación oficial de la Frontera. Sin embargo, tal planteamiento adolece de un serio inconveniente desde el ángulo de la economía y la lógica: si había una contracción y descenso de los precios, como realmente sucedió ¿puede entenderse que hubiese interés en incorporar mayores tierras al uso agrícola? La explicación tampoco ayudaría a comprender el equipamiento y mantención de las tropas expedicionarias y gastos anexos que demandaron fondos especiales, salvo que en el gabinete del presidente José Joaquín Pérez se ocultase un prekeynesiano.

Por nuestra parte hemos aludido al crecimiento general de la exportación agrícola de 1846 a 1880 de 1.705.000 pesos a 10.452.000 y al aumento de la población de 1835 a 1885 de 1.100.000 habitantes a 2.498.000.

La verdad es que el asunto merece un estudio más detenido y, como anota el mismo Pinto, lo más probable es que también pesasen otros factores.

Aprovechamos la oportunidad para desvirtuar otra de las críticas de Foerster y Vergara, al suponer que desdeñamos conocer la realidad más allá de la línea de frontera. En *Los pehuenches en la vida fronteriza* decíamos en su página inicial: «En cualquier lugar el quehacer de unos pocos hombres, por remotos y oscuros que parezcan, puede estar lleno de significado y su conocimiento resultar una experiencia enriquecedora». Se entiende que nos referimos a la experiencia del hombre en lo que tiene de general y permanente y no a un aporte al caudal de la gran corriente histórica. El mismo libro lo prueba y por eso decimos que no hay temas pequeños ni marginales, frase mal interpretada por nuestros dos asiduos lectores.

En la pág. 18 Foerster y Vergara afirman que en la *Historia del pueblo chileno*, tomo I, pág. 5, solamente citamos a Medina, Latcham, Guevara y Cooper, sin tomar en cuenta que nos estamos refiriendo únicamente a «las obras clásicas». Por otra parte, han ignorado que en las «Palabras preliminares» de la obra se advierte «que la referencia a las obras históricas y las fuentes es muy reducida, efectuándose solamente cuando nuevas informaciones o puntos de vista requieren ser probados». Eso es igualmente válido para los capítulos sobre la prehistoria.

El error de nuestro críticos es peor aún, porque citamos también a Augusta, Valenzuela, Menghin, Bullock, Berdichesky y varios cronistas. No debe ignorarse, tampoco, que debido a lo que llamamos «nuestra incapacidad relativa», nos asesoramos por Lautaro Núñez, Mario Orellana, Jorge Hidalgo, Osvaldo Silva, Horacio

⁷ CPU. *Estudios sociales*, N° 72, año 1992.

Zapater y Carlos Aldunate para lo relacionado con todas las etnias del territorio. No menciono a otros arqueólogos y etnólogos cuyas obras son específicas para la región norte y el extremo austral.

Debe observarse, por otro lado, que el tomo I de la *Historia del pueblo chileno* se publicó en 1980 y que entonces pareció aceptable. No ignoramos las investigaciones posteriores o los resultados más significativos de ellas.

Una aparente contradicción que hacen resaltar Foerster y Vergara, sería nuestra afirmación de que los pehuenches desaparecieron y que al mismo tiempo habríamos tenido contacto con ellos, que además utilizamos una investigación actual sobre ellos y publicamos la fotografía de un *nguillatún* pehuenche de años recientes.

El enfoque, sin embargo, adultera claramente los hechos. En cuanto al contacto personal, la frase completa que escribimos fue «es útil entrar en contacto con los *descendientes de indios, mestizos y gente común* que en su pensamiento y su lenguaje esconden tantas huellas del pasado y que en las modalidades de su existencia y el aprovechamiento hábil de la naturaleza prolongan igualmente los rasgos del tiempo pretérito».

Imposible más claro: hemos tomado contacto con los descendientes, mestizos y gente común, que aun exhiben las huellas del pasado. Ello se debe a que los pehuenches desaparecieron.

La investigación a la que se alude es la de González y Valenzuela *Recolección y consumo del piñón* en el área de los que hoy se llaman pehuenches. Del mismo modo, la fotografía del *nguillatún* se relaciona con supuestos pehuenches y la leyenda que pusimos al pie de ella sugiere, para cualquier persona perspicaz, que es dudoso que sean propiamente pehuenches: «La mezcla de tipo racial con araucanos parece evidente a juzgar por la menor estatura de algunos individuos».

Efectuar bien las citas, sin truncarlas descuidadamente, es obligación fundamental del investigador.

Queremos abundar en el punto. Los pehuenches primitivos, la etnia huarpide, se desintegró por su desgraciada participación en las luchas de la Independencia y el bandidaje que siguió, y también porque al desaparecer el comercio transcordillerano de la sal y la protección armada que les habían dispensado los españoles, quedaron a merced de los huilliches de ambos lados de la cordillera y de los araucanos, más concretamente los moluches. Fueron esas etnias enemigas las que se sobrepusieron, con buenos y malos métodos, sin descartar la lucha. Además de introducir algunos cultivos y la ruca, siguieron recolectando el pehuén y en forma comprensible se apropiaron del nombre de pehuenches. Ello no significa que sean los auténticos pehuenches.

Nos parece que Foerster y Vergara tendrían un lindo tema que investigar en la absorción y exterminio de los pehuenches por los araucanos. Es difícil explicarse por qué a los etnólogos no les gusta nada este tema, que arrojaría tantas luces en el conocimiento de las etnias y sus «relaciones interétnicas». Tememos que el indigenismo no quiere saber nada de esto.

Tampoco hemos podido comprender por qué los estudiosos de la etnia araucana han hecho la vista gorda frente al tema de los «indios amigos», puntal decidido de los hispanocriollos y que explica en gran parte las operaciones exitosas o no, de las fuerzas del rey, a tal punto que no sería descaminado afirmar que la Guerra de Arauco fue una lucha entre indios amigos y enemigos si se atiende al número de combatientes. Hasta ahora el tema ha sido abordado únicamente desde el punto de vista de la frontera y sería muy enriquecedor estudiar los intereses, motivos, acciones, reacciones y transformaciones en el pueblo araucano. Sería otro lindo tema de acuerdo con los planteamientos de Foerster y Vergara.

Sospechamos, con todo, que la materia es fastidiosa para quienes desean difundir la imagen de un pueblo araucano incommovible en su lucha por preservar su independencia y su identidad y reacio a todo lo que proviniese de los *huinkas*.

En otra parte del artículo al que estamos replicando, sus autores toman un tono épico al señalar «la tenaz persistencia y resistencia de este pueblo por no desaparecer, por mantener una identidad y una cultura propia, por conservar una esperanza de una mejor vida». Estas palabras representan una posición general entre los antropólogos y los indigenistas y deben invitarnos a reflexionar.

Concedamos que esa intención de los araucanos fue real durante un largo tiempo y se mantiene en algunos de ellos o en ciertas agrupaciones. Pero a la vez no puede ignorarse que el deseo de incorporarse a la historia dominante también ha existido y se ha ido robusteciendo con posterioridad a 1883, cada vez de manera más pronunciada y a pesar de las dificultades y del menosprecio que sufren. El asunto puede ilustrarse desde el período colonial y el siglo XIX con información abrumadora. En los años que corren se puede apreciar en el olvido paulatino del idioma autóctono, que los jóvenes se niegan a hablar -excepto en algunos círculos y circunstancias especiales-, el papel decaído de las machis, la menor frecuencia de los *nguillatunes* y la participación más reducida en ellos; la concurrencia a los estudios de Educación Básica y Media y la obtención de títulos universitarios, el trabajo en talleres, industrias y oficinas y, en fin, la aspiración tan humana de alcanzar los bienes más sofisticados de la vida moderna. Estemos de acuerdo en que todo eso atenta contra la identidad cultural y que la nostalgia, aunque persiste para cierto número y es alimentada desde fuera, no pasa de ser una categoría desvinculada de la realidad y cuyo destino es muy incierto. Ningún *ethos* puede mantenerse divorciado de la civilización material. Huizinga, en *Homo ludens*, afirma con razón que las instituciones en desuso terminan en el desván de los juegos.

Los hechos son tan evidentes que es incomprensible la obstinación de los antropólogos. No quieren comprender la marcha de los sucesos, porque viven en el ambiente *in side* que mencionamos anteriormente.

La solución estaría en que la asimilación se efectuase con justicia y de la manera menos traumática.

Todavía sería posible desvirtuar otros puntos de vista de nuestros críticos, pero quedando claros los aspectos fundamentales, los demás caen sin remedio: secándose el tronco, las ramas y las hojas siguen igual suerte.

Debemos agradecer la preocupación de Foerster y de Vergara por los temas que hemos puesto de relieve y también la mesura de las palabras, especialmente en Foerster, que no ha caído en arengas ni en exabruptos, como suele hacerlo en las reuniones académicas. La palabra escrita obliga a la responsabilidad.

Confesamos que nos hemos entretenido bastante al escribir esta respuesta y que hubiésemos continuado con mayor despliegue de consideraciones si no hubiésemos temido ocupar demasiadas páginas y mucho de nuestro tiempo.